

ZK



Morbo, morbo, morbo...

“Eres un excelente escritor,” dijo ella, “pero como persona eres extremadamente despreciable”. “¡Eso es lo que más me gusta de mi, nena!”, y continué sirviéndome bebida.

Charles Bukowski

Maite Garrido Courel

El andén del metro se llena por momentos, pero el tren no viene. Aquellos tipos hablan lo suficientemente alto para ser escuchados, y más cuando no hay otra cosa que hacer.

“¿Has visto a la nueva representante?”, dice el más alto. “Con esa pinta monjil y esos pendientes de perlas me da un morbo que te cagas”.

“¿En serio?”, le contesta el otro. “Claro tío, ¿a ti no?”.

Llega el metro y ya no se escucha la respuesta. Pero la pregunta queda en el andén: ¿Qué es lo que nos produce morbo?

Para responder a esta cuestión lo primero sería definir qué es el morbo. Según el diccionario de Word Reference: Atracción oculta por alguien o algo prohibido, desagradable o inmoral. Y según la RAE (Real Academia de la Lengua): Interés malsano por personas o cosas.

La imagen de la mujer con pendientes de perlas no parece que encaje exactamente con

estas definiciones. Qué sabrán los diccionarios sobre morbos. Lo mejor es averiguarlo entre la gente, a ver qué opina. Lo que está claro a priori es que nos podemos encontrar tantos morbos como gente preguntemos. Y lo que desde luego sabemos es que es algo muy personal y en algún momento inconfesable. Veamos.

"A mí me daba mucho morbo aquella profesora de química que en el fondo odiaba. No sé por qué, había algo en ella que me irritaba sobremanera pero no podía evitar imaginármela en cualquier postura obscena", cuenta mientras se rasca la cabeza, entre avergonzado y divertido. No desvelaremos la fuente por petición expresa, pero perfectamente podíamos ser uno de nosotros.

"Como aquél olor desagradable y putrefacto que, sin embargo, una fuerza superior hace que te sea irresistible volver a olerlo. Eso es el morbo".

De acuerdo, eso también lo es, porque nadie dijo que fuera solo en el ámbito sexual. Todo el mundo ha sentido un impulso irracional de observar de cerca un accidente o algo parecido, y eso no nos hace peores personas.

"Para mí, mi pareja me tiene que dar algo de morbo, para alimentar más el deseo sexual, supongo. Y ya de ahí cualquier situación medio prohibida me pone". Uxoá, fotógrafa de profesión y teatrera de afición, empieza a contarse mientras se dispone a darnos un ejemplo:

"hacerlo en un autobús o algo así como un tren, algo que se mueva y que encima haya gente que te pueda pillar... Uuuu eso sí me da morbo".

MORBOS COMUNES Y COTIDIANOS

La literatura, y con ella el cine, se ha encargado de poner por escrito todas aquellas perversiones que nos han subyugado o las hemos aborrecido, aunque no sin cierta carga de erotismo. Escritores como Bukowski han tratado el tema de una manera más explícita que otra, pero siempre apelando a este sentimiento tan ambivalente. Me gusta, pero me da asco. Me repele, pero no puedo dejar de leer. Y no hace falta tener una gran imaginación porque el morbo puede surgir en los momentos más extraños o, por el contrario, más cotidianos. Como ese compañero/a de trabajo con el que jamás tendrías una relación, pero que algo indefinible y un poco oscuro hace que sientas una atracción (solo imaginaria por supuesto) hacia esa persona.

Y los hay comunes y recurrentes, cosas o situaciones que da igual que estés en Pekín o en Bilbao que generarán el mismo y a veces exquisito sentimiento.

El morbo en sí mismo, como sensación, es efímero y subjetivo, pero sin esa pizquilla de picante la vida desde luego sería más aburrida. Como ocurre con las fantasías sexuales, dar rienda suelta a la imaginación es placentero y muchas veces muy morboso. ●

